



Faustino López de Foronda, Ignacio Latierra, Manuel Giménez Larraz y Juan Benito, en Vitoria. :: I. AIZPURI

«Las víctimas nos recuerdan lo que hoy está en juego»

La Fundación Buesa reunió ayer en Vitoria a damnificados por ETA, el terrorismo yihadista y el franquismo

LORENA GIL

VITORIA. Víctimas de ETA, del 11-M y del franquismo reivindicaron ayer en Vitoria su papel como «símbolo moral que nos recuerda lo que hoy está en juego». La Fundación Fernando Buesa reunió en la capital alavesa a Manuel Giménez Larraz, hijo del presidente del PP de Aragón Manuel Giménez Abad asesinado por ETA en 2001; a Ignacio Latierra, exparlamentario socialista y víctima del franquismo y de ETA, y a Juan Benito, padre de Rodolfo Benito, fallecido en los atentados yihadistas del 11 de marzo de 2004 en Madrid. También estaba prevista la presencia de Edurne Brouard, hija del pediatra y dirigente de Herri Batasuna Santiago Brouard,

Ayer se celebró en Euskadi, especialmente en el ámbito institucional, el Día de la Memoria. Todas las maticiones políticas respaldaron actos convocados, salvo el PP, e prefirió desmarcarse y organizó uno por su cuenta para recordar a las víctimas del terrorismo; es decir a las de ETA. Entiende que no puede «equiparar» con las víctimas de abusos policiales. Para poner ejemplo que ilustre este argumento, no se puede reconocer en mismo acto a Lasa y Zabala y a Aizurza como víctimas todos los de la violencia cruel e injusta y alguna razón humana, moral, política o jurídica que lo impida o aconseje la distinción en el tratamiento o la diferenciación en los actos de reconocimiento? ¿Acepta el PP que se habilite el Día de la Memoria de las víctimas de los abusos policiales o de la 'guerra sucia'?

asesinado el 20 de noviembre de 1984 por los GAL. Según explicaron los organizadores, Brouard anunció «horas antes» que no asistiría al acto por coincidir con la presentación del homenaje que Sortu celebrará la próxima semana en recuerdo de su padre y de Josu Muguruza.

Ignacio Latierra, Giménez Larraz y Juan Benito relataron, conducidos por Faustino López de Foronda, sus experiencias en las XIV jornadas organizadas en los últimos dos días por la Fundación que lleva el nombre del dirigente del PSE asesinado por ETA en 2000. Latierra, que coincidió con Fernando Buesa en el Parlamento a mediados de los noventa, recordó uno a uno algunos de los innumerables ataques de los que, durante el franquismo y, después, por parte del entorno radical de ETA, fue objeto su librería 'Lagun' de San Sebastián. Latierra era copropietario del negocio, ubicado en la Parte Vieja, junto a la mujer de José Ramón Recalde, recientemente fallecido, María Teresa Castells.

Roturas de cristales, lanzamiento de cócteles molotov y botes de pintura e incluso la quema de libros. «Recuerdo que un día María Teresa llamó al Gobierno civil de Gipuzkoa para pedir ayuda y la respuesta fue que no podían hacer nada porque no se atrevían a entrar en la Parte Vieja», revela Latierra. «Las denuncias que presentamos también ante la Ertzaintza son incontables, y eso que no presentamos todas; pero nada», añade. Tras el intento de asesinato de Recalde, en 2000, 'Lagun' echó la persiana. Un año más tarde reabrió sus puertas, «en una zona más tranquila» de la capital donostiarra. Latierra considera que «la tipología» de las víctimas de ETA revela «el carácter de los victimarios», cuyo objetivo, remarca, era «imponer un proyecto totalitario mediante el ejercicio del te-

rror». «Este país no se puede permitir el lujo de olvidar eso», apostilló.

Manuel Giménez Larraz pasó muchas horas en una librería. No fue la de Latierra, sino la que su abuela paterna regentaba en Jaca. Allí entró en contacto «con Machado o Lorca», «sin el temor a que unos desconocidos vieran a echar pintura o a romper el escaparate», expresa.

«Lágrimas de cocodrilo»

Era un «chaval de veinte años» cuando ETA acabó con la vida de su padre, Manuel Giménez Abad. Prestigioso jurista, decidió dejar su profesión y dedicarse a la política. «Llevaba tres meses presidiendo el PP de Aragón cuando le mataron». El 6 de mayo de 2001 se dirigía con uno de sus hijos al Estadio de La Romareda a ver un encuentro de fútbol del Real Zaragoza cuando un miembro de la banda terrorista le disparó tres tiros por la espalda. Al día siguiente, la capital maña se echó la calle en solidaridad con la familia. Pero a Giménez Larraz se le



Marta Buesa, Natividad Rodríguez y Florencio Domínguez. :: I. AIZPURI

«No buscaré nunca compasión, pero sí pido la sensibilidad de la sociedad»

«Las cicatrices se han cerrado superficialmente»

Mari Paz Díaz de Espada Buesa acaba de lograr que el Ministerio de Justicia le entregue la declaración de reconocimiento y reparación por el fusilamiento de su padre, José Mari, a manos de los franquistas. Prima de Fernando Buesa, ayer intervino en el turno de preguntas que se abrió tras la mesa redonda de víctimas, para exponer brevemente su caso. Su padre «pasó a Bilbao desde Vitoria el 19 de julio», tras el Golpe de Estado del 36. «Lo hizo por dos razones: era republicano y su hijo, mi hermano, estaba enfermo en el sanatorio de Plentzia», explica. Topógrafo y aviador, fue detenido y trasladado a Santoña. «Le metieron en el penal de El Dueso y, después, le fusilaron». «Tuvo un juicio que fue de todo menos un juicio», apunta. Mari Paz tenía entonces poco más de cuatro años. «Solía preguntar a mi madre qué era la República porque nosotros no sabíamos nada. Solía decir que mi padre murió de enfermedad», evoca. «Yo ya soy muy vieja y las cicatrices se han cerrado superficialmente. Pero hay mucha más gente como yo, y más jóvenes. Hay que abordar esta etapa desde la raíz, ir a la herida central».

quedaron grabadas unas palabras. Las que entonces pronunció Amaldo Otegi. «Recuerdo, porque no se me ha olvidado, que dijo: 'Menos lágrimas de condena, menos lágrimas de cocodrilo y más soluciones para Euskadi'». «Otegi ha cumplido su condena, eso no es discutible, pero una persona con esas credenciales carece de la ética y ejemplaridad cívica que debe exigirse a los representantes políticos», consideró.

Giménez Abad, que lucha «todos los días por no olvidar la cara» de su padre, reivindicó «el papel de las víctimas como símbolo moral de lo que hoy está en juego», al tiempo que advirtió que «la palabra paz nunca puede llevarse por delante de la justicia».

Por su parte, Juan Benito sabe lo que es que el terrorismo le arrebató a un hijo. Rodolfo tenía 27 años aquel 11 de marzo de 2004, cuando se subió a un tren en su Alcalá de Henares natal para ir a trabajar. No llegó nunca. Él y otras 192 personas fallecieron en el peor atentado yihadista cometido en España. Benito lamentó ayer en Vitoria la situación que vivieron las familias de las víctimas tras el atentado. «Fue un desastre. El país no estaba preparado, los sistemas de información estaban pensados para el tiro en la nuca o la bomba lapa. Fue un desastre»,

se sincera. Si algo tiene claro es que «el terrorismo es una acción contra todos y la memoria debe ser asumida como una cuestión colectiva». «No buscaré nunca la compasión, pero sí pido la sensibilidad de la sociedad. Que el recuerdo de las víctimas —añadió— sirva para fortalecer los pilares de la solidaridad y la convivencia».